

El beso de pasión que yo le envió...
 Decidla que por ella,
 Aun más que soñador, pobre demente,
 Aspiré a los laureles del torneo
 Y náufrago me ví, por el deseo.
 Del río presunción en la corriente.
 Decidla que no lllore si mi estrella
 No me alumbró en la bella
 Hora del triunfo a que aspiré ambicioso,
 Decidla que me adore,
 Decidla que no lllore,
 Que me envíe un abrazo cariñoso;
 — Que es su querer hermoso
 La gloria que desea y ambiciona
 Mi alma enamorada—
 Y decidla, también, que la corona
 Que un día me cegó con sus destellos,
 Há tiempo que la tengo conquistada;
 ¡La tejió para mí con sus cabellos
 Su mano idolatrada!...
 Oro y plata hay en ella y he llorado
 Al descifrar el símbolo que hierre...
 ¡El oro es su pasión que nunca muere,
 La plata, los dolores que la he dado!

† ENRIQUE MONTANCHEZ



LA PALABRA

inconsútil

A Un aprendiz de hablista.

La palabra *inconsútil* es muy bonita, y por eso, tentación irresistible frente a la ligereza atrevida que no se para en barras, ni tiene tiempo ni lo quiere (fiebre moderna) de aquilatar las cosas. Vieron la palabra; les gustó; oyeron otra, *sutil*, latín *subtilis*; fermentó su cabeza, y el *sútilis*, cosido, de *suo*, quedó como *sutil*, y hasta tratarán de corregir el acento queriendo que se diga *sútil*, ¡vaya sarta de disparates! ¡Tendrá mucho que ver el *no cosido*, *inconsútil*, con lo de *sutil*, *delicado*, *diáfano*, *transparente*! Señores: que nadie está autorizado para quitar y poner lo que se le antoje, sino a estudiar los casos.

La luminosa disertación de V. ya dice bastante a éstos, por ignorantes, desaprensivos, que todo lo ven llano, y a cada paso nos hieren el rostro con salidas parecidas que van siendo bien expuestas en su *crítica sin hiel*. Pero era menester llegar hasta el fin en hacer ver a estos enfermos lo lejos que están de la salud en que se creen; y así, desearía tuviera a bien hacer por publicar este mi trabajo en «Alcántara».

La túnica inconsútil era como el vestido nacional de los griegos. Los primitivos helenos no llevaban túnica, y sólo se ponían sobre las carnes el manto que era un paño rectangular más o menos grande; costumbre que siguieron practicando los filósofos, como más austeros, cuando ya se introdujo la túnica. Aquella tela o manto, doblada al medio y envolviendo el cuerpo, con broches en los hombros y dejando paso a la cabeza y los brazos, vino a ser la túnica dórica, quitón dorio o *túnica inconsutilis* pues no tenía costura ni aun hechura, como las jónicas. Ceñida a la cintura, dejaba caer sobre ésta graciosos bullones a uno y otro lado. Por un costado quedaba abierta de arriba abajo, razón por la cual las mujeres más pudorosas solían cerrar dichos bordes con varios broches. A veces también se cerraban los bordes superiores hasta casi el codo. Pero la de las mujeres tenía otra modalidad, cayendo con mucha elegancia, por delante y por detrás, hasta la cintura a modo de esclavina, y entonces se llamaba peplo, como la que ofrecían a la diosa Palas en la

procesión de las Panateneas: puede verse en las cariátides de las columnas

Lo de que estaba hecha de punto, cosa entonces desconocida, es una candidez que ha ideado el desconocimiento; pero esos no prescindieron del significado, sino que trataron a tientas de explicarlo, *inconsutilis. desuper contexta per totum*, sin costura, hecha de una sola pieza. Quienes lo desconocen y por lo visto no les interesa, son éstos de hoy. Son ríos que tratan de desentenderse de su fuente. ¿En qué pararán tales ríos? No, queridos, no; no se puede caminar sin viático que hay que traer de casa: eso no es evolución ni adelanto; es dar saltos en el aire sin saber a dónde vamos a caer; más estudio y más cariño y apego a lo que nos ha dado el ser. *Inconsutil* no se puede aplicar más que a la túnica sin paños cosidos, o en el sentido figurado a lo que de ello se desprenda.

LA TÚNICA DÓRICA

SONETO

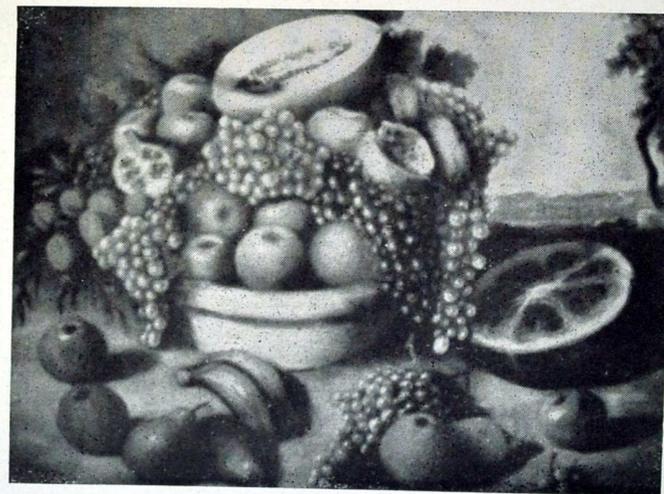
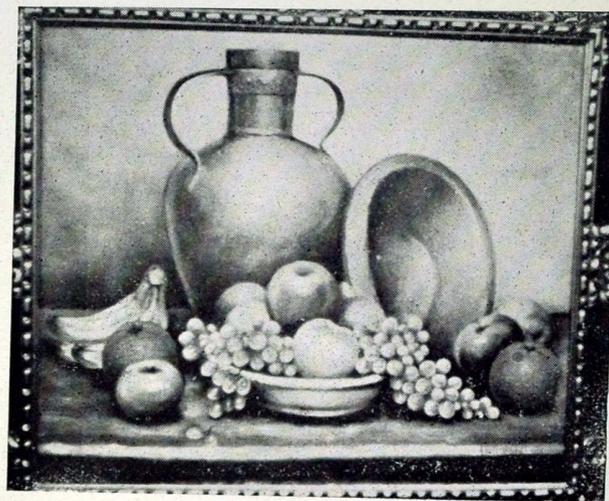
¡Oh noble vestimenta, la primera
Que concibió el heleno en donosura:
Paño inconsútil, hecha sin costura,
Donde no entró ni aguja ni tijera!

Préndete de oro fíbula en la hombrera
Sujetando tus bordes en la altura,
Y al no sufrir de mangas la estrechura
Desnudo el blanco brazo sale fuera.

De tus serenos pliegues la caída
Civilizó del mundo los albores.
Que esperaron sentados tu venida.

Vistiéronte del orbe los señores
Y lo llenaron todo: tú eres vida,
¡Oh ropaje de eternos resplandores!

HELENIDES



NUESTROS ARTISTAS: «Bodegones», por José Antonio Navarro